

La madrugada de aquel miércoles comenzó como tantas otras, con una niña de desbaratadas trenzas corriendo a jugar a su encina, situada en un alto de la era, antes de que se inaugurase el día oficialmente y hubiera de dedicarse a sus labores. Sentada a horcajadas sobre una de las ramas más bajas, no veía sino intuía cómo su casa, esas cuatro tapias encaladas sin apenas ventanas, volvía a la vida tras la noche: cómo su madre se cepillaba el pelo antes de ocultarlo bajo un pañuelo y se ataba su mítico delantal, su padre se afeitaba con una roñosa navaja, sus hermanos y primos se apretujaban en la mesa y su persona favorita, su hermano mayor, se dirigía a ella con un vaso de leche de cabra y un pedazo de pan. No era raro que ambos se escabulleran del torbellino matutino y compartieran su desayuno bajo la encina, a sorbos equitativos de leche y bocados equitativos de pan, como buenos camaradas.

Y, a pesar de estar todo igual, había algo diferente en su hermano, algo que afectaba a su temple, normalmente sereno, y a su aspecto: no parecía dispuesto a trabajar, aunque portaba las mismas ropas que siempre.

-- ¿A dónde vas? -- Le preguntó.

Como toda respuesta, recibió un guiño del ojo verde de su hermano y una enigmática sonrisa.

-- ¿Qué vas a hacer? ¿Puedo ir contigo?

-- Me gustaría, chiquinina, pero mejor que no. Puede ser peligroso.

-- Entonces, ¿por qué vas tú?

-- Pues... porque tengo que ir. -- Afirmó convencido de su deber.

Así continuaron un rato, batiéndose en una encarnizada lucha dialéctica. A decir verdad, se enfadó un poco con su hermano: ella trabajaba los mismos días que él, también tenía derecho a descansar de vez en cuando y vivir apasionantes y peligrosas aventuras; eso mismo le decía cuando su padre apareció y, con un escueto gesto, le ordenó que se alejara. Ahora era a él a quien correspondía toda la atención de su primogénito. Ella obedeció sólo a medias, apartándose de ellos pero manteniéndose lo bastante cerca como para oír cuanto dijeran.

-- Modorro, que no tienes vista ninguna. Ahora todo el mundo sabrá que te has implicado.

-- Por supuesto que me he implicado. No le pido que haga lo mismo, sólo que me comprenda.

-- ¿Que comprenda que te quieras matar?

-- Que comprenda que estoy harto, padre, de levantarme cada día con el alba, trabajar como un esclavo y de ver a mi familia sobrevivir a base de pan rancio, bichos muertos y rebusco.

Desde hacía unos meses, a su hermano le daban de vez en cuando arrebatos como ese: se erguía y hablaba como aquellos hombres que levantaban el puño y hacían ondear banderas rojas.

-- Siempre ha sido así. -- Atajó el padre.

-- Pero eso puede cambiar. ¿No debería ser la tierra de quien sabe cuidarla y sacar de ella sustento, que nos pertenezca a los que vivimos en ella en vez de despilfarrando fortuna en la capital?

Entonces su padre, todavía enfadado, le dio unas palmadas en la mejilla y luego lo abrazó. No lo recordaba abrazando a ninguno de sus hijos desde que eran criaturas.

Finalmente, su hermano marchó y todos los demás atendieron sus asuntos cotidianos, todos excepto su padre, que decidió quedarse en casa por solidarizar con la huelga, estorbando con su torpe presencia los quehaceres domésticos.

Al caer la noche, el muchacho regresó con una expresión triunfante y un ligero olor a anís, y se echó a dormir convencido de que había hecho del mundo un lugar mejor para él y los suyos.

Durante aquel día y los siguientes no se hablaba en el pueblo de otra cosa que no fueran los yunteros, jornaleros y braceros que habían ocupado las fincas: en la plaza, en las fuentes, al salir de misa o saltando a la comba, y la niña de las trenzas no podía evitar sonreír cada vez que lo oía, sintiendo un inmenso orgullo por su hermano, el valiente revolucionario.

También aquella mañana de mediados de agosto comenzó como todas las demás, pero rápidamente se vio interrumpida por las explosiones, las carreras y los gritos. Esa misma noche se llevaron al muchacho y le dieron muerte varios tiros, devolviendo su sangre a la tierra a la que desde hacía tanto venía entregando su vida.

Y así fue como la verde esperanza en un futuro de igualdad y libertad dio paso a la pureza de un blanco de paz, pues ningún tiro fue disparado aquel veinticinco de marzo. Pero todo ello se vio al poco sumido en un negro absoluto, como el luto ahogado de los que quedaron en pie, amordazado con banderas y acallado con desfiles y envenenado con la misma hambre de antaño. Y la niña de las trenzas se convirtió en una mujer que, como su madre antes que ella, se escondía tras un pañuelo y un delantal, curtida, de las pocas que permanecieron en esa tierra que veía marchar a sus gentes hacia otras más prósperas, esa tierra que desde entonces se desangra y que aún así se mantiene con vida, y que parece nuevamente volver a tomar conciencia de quién es.

En el bullicio familiar propio de un día de campo de septiembre, una anciana abandona la celebración y se dirige con calma a una gruesa encina, se sienta trabajosamente bajo su sombra y se deja absorber, sobrecogida por el paisaje y los recuerdos de toda una vida, de toda una lucha.

No sabe cuánto tiempo ha transcurrido cuando se gira para ver a su persona favorita, su nieta mayor, acercarse con un dulce casero y un café con hielo para preguntarle el motivo de su ausencia.

-- Es que me acordé de los del veinticinco de marzo. Siéntate, -- le pide, señalando el árbol con un gesto -- que te voy a contar una historia. Te voy a contar tu historia.